

INTRODUCCIÓN

*Las montañas no son estadios donde satisfacer mi ambición de logros,
sino las catedrales en las que practico mi religión.*

ANATOLI BOUKREEV, *The Climb*

Somos fructíferos solo a costa de estar llenos de contradicciones.

FRIEDRICH NIEZTSCHKE, *El crepúsculo de los ídolos*

VOYTEK KURTYKA SE LEVANTÓ TEMPRANO. Después de preparar café, se acercó a la ventana para contemplar cómo el amanecer despertaba en el cielo. Cuando los tonos pastel se disolvieron hasta adquirir el color de las perlas, se instaló en su mesa de trabajo. Como de costumbre, encontró correos electrónicos de los proveedores y varios problemas con las aduanas polacas que tendría que resolver a lo largo del día. Había un par de consultas de escaladores pidiendo información sobre rutas alpinas, y un mensaje inesperado de alguien llamado Christian Trommsdorff: «Nos gustaría invitarle para que participe como miembro del jurado en el evento de los Piolets de Oro que se celebrará en Chamonix, del 22 al 25 de abril de 2009».

La celebración anual de los Piolets de Oro, considerados así como los Oscars del mundo de la montaña, premia las ascensiones alpinas más audaces e innovadoras, así como las trayectorias vitales en el ámbito de la escalada. Christian Trommsdorff, guía de montaña de Chamonix y presidente del comité de los premios, quería que Voytek, uno de los alpinistas más respetados de todos los tiempos, participase en la selección de las mejores escaladas. Nunca podría haber imaginado la respuesta de Voytek.

Gracias de corazón por su invitación para formar parte del jurado de los Piolets de Oro. Siento no poder participar en este evento... Comprendo que el mundo cuelga

de una monstruosa estructura de feroz competencia, y por lo tanto, depende de premios y distinciones. Pero esa estructura es enemiga del verdadero arte. Allí donde imperan los premios y las distinciones, concluye el auténtico arte. Creo sinceramente que la escalada puede elevar al escalador al bienestar físico y mental, y a la sabiduría, pero los premios y distinciones elevan al escalador a la vanidad y el egocentrismo. Formar parte de ese juego... es peligroso para el escalador. No estoy dispuesto a formar parte de ese juego, y no puedo aceptar su oferta.

Al margen de su incomodidad filosófica respecto a ese «juego», a Voytek le desconcertaba esa perspectiva de clasificar las ascensiones a través de una «competición monstruosa y feroz». ¿Cómo podría alguien comparar la travesía del Makalu, realizada por el alpinista francés Pierre Béghin, con la ascensión en solitario de la Torre del Trango en cuarenta días por el escalador japonés Takeyasu Minamiura? ¿O la ascensión invernal del Everest por Krzysztof Wielicki con la escalada *desnudo en la noche** de Erhard Loretan de la misma montaña? Parecía absurdo intentar comparar el espíritu pionero de Reinhold Messner con la energía sobrehumana de Jerzy Kukuczka. Según Voytek, «ese ejercicio tenía tan poco sentido como preguntarse qué es mejor, el sexo o la Navidad».

Voytek mantenía que el alpinismo es demasiado complejo como para pretender comparar y clasificar. Son muchas sus facetas: estéticas, físicas, metafísicas, logísticas, imaginativas. Y hay mucho sufrimiento. ¿Cómo medir el sufrimiento de los escaladores? «La presión que ejercen los medios de comunicación para crear —para su propio uso— una estrella número uno es un intento de reducir a los alpinistas a una única dimensión», afirmó en su respuesta. «Y eso equivale a degradar la escalada».

Christian todavía se ríe al recordar aquel correo lleno de palabras duras, pero no se dejó amilanar por ello. Al año siguiente escribió a Voytek una carta todavía más audaz, instándole esta vez a *aceptar* el premio «Trayectoria» de los Piolets de Oro. Voytek le respondió así.

Hola, Christian:

Tu oferta es diabólica. Siempre he sentido que en las montañas me escapaba de todas las mentiras cotidianas de la sociedad, y ahora tú me propones que tome

* Con esta expresión es como Voytek Kurtyka se refiere a las escaladas en estilo alpino, ligero y rápido (sin parar), en el que incluso se prescinde del material para vivaquear. En inglés, *night naked*. Así se tituló la biografía del alpinista Erhard Loretan —amigo y compañero de cordada de Kurtyka— fallecido en 2011 (*N. del E.*).

parte de ellas. He estado siempre huyendo a las montañas para probarme a mí mismo que estoy libre de las ataduras sociales de los premios y las distinciones, y ahora tú me los ofreces. Siempre he corrido a las montañas esperando poder elevarme por encima de mis debilidades humanas, y ahora tú tratas de colocarme ante la más peligrosa de todas: la ilusión de ser una persona merecedora de distinciones. Mi vida entera es una lucha contra esa ilusión. Soy muy consciente de que el deseo de premios y distinciones es la mayor de las trampas de nuestro ego, y una muestra de vanidad. Siento no poder participar en ello. No puedo aceptar el Piolet de Oro. Para ser sincero, en el fondo de mi corazón estoy muy preocupado, porque al rechazar vuestro premio me podría estar impulsando... ¿sabes qué?, desgraciadamente, también la vanidad. Por favor, no trates de honrarme con esto. Los escaladores poseemos una consciencia excepcional de la libertad, y espero que comprendas mi incomodidad frente a un honor tan grande.

No solo los escaladores se enfrentan a esta incomodidad: a los poetas también les sucede. Así explicó Leonard Cohen su reticencia a aceptar en Canadá un galardón que reconocía su larga trayectoria vital de trabajo: «Una de las razones por las que uno evita esas cosas es porque concita respuestas emocionales muy profundas... Esto sucede muy raramente a los artistas o escritores, cuando lo que tienes enfrente es la aceptación incondicional de tu trabajo». Pero Leonard Cohen finalmente sí aceptó, diciendo más tarde al público: «Escondidos tras nuestras canciones, nos arrastramos hasta el Salón de la Fama».¹

Christian era muy testarudo. Tal vez pensó que la actitud de Voytek se debía a una falsa modestia. Valía la pena volver a intentarlo. En 2010 le envió una tercera carta en la que volvía a ofrecerle el premio a la trayectoria alpinística. Voytek se quedó perplejo. ¿Quizás no había sido suficientemente claro? En su respuesta, intentó ser más enfático.

Querido Christian:

Oh, cielos, tu ofrecimiento me resulta imposible de aceptar. Iría totalmente en contra de mis principios... Admito que... deseo la amistad y el amor de la gente, pero tengo mucho miedo a la admiración. Confieso humildemente que me siento tan orgulloso como un pavo real cuando me siento admirado, pero precisamente por esa razón no puedo aceptar premios importantes... Estos premios rozan la blasfemia. ¿Premiarías públicamente a un ermitaño por sus años de práctica espiritual? Nosotros no somos ermitaños, pero a veces vivimos experiencias cercanas a una especie de iluminación que cambia nuestras vidas... Quiero mantener sin contaminar estos momentos tan preciosos. No puedo cambiar esos momentos

por honores públicos... Christian, te agradezco sinceramente tu ofrecimiento, y siento vergüenza de no ser capaz de aceptarlo.

Con amistad,

Voy

Lo que Voytek no sabía es que Christian no estaba solo en este ímprobo esfuerzo para concederle el galardón. Los alpinistas más respetados del mundo estaban perplejos al ver que Voytek todavía no había recibido aquel reconocimiento, y presionaban al comité de los Piolets de Oro para que rectificara tal situación. En 2012 Christian aún le escribió otra carta, ofreciéndole el premio. Voytek perdió la paciencia.

Querido Christian:

Lo siento. NO, ¡NO! No quiero hablar más sobre los Piolets de Oro.

Ya te he explicado mis razones.

No quieras hacerme parecer idiota...

Voy

¿Qué clase de persona rehusaría reiteradamente la máxima manifestación de respeto por parte de sus iguales? Al fin y al cabo, el premio a la trayectoria alpinística de los Piolets de Oro no lo deciden los productores de cine, los políticos o los presidentes de clubs alpinos. Es un reconocimiento de los alpinistas hacia otros alpinistas. Aun así, Voytek lo rehusaba porque afirmaba querer evitar la trampa de la admiración pública. Su actitud parecía admirable y descortés al mismo tiempo. Ciertamente resultaba intrigante, porque es difícil imaginar a alguien que lo mereciera tanto como él.

En los años setenta, Voytek había cambiado el rumbo del alpinismo en el Himalaya, cuando demostró que era posible escalar rutas difíciles con equipos pequeños en las montañas más altas del planeta. Su récord personal incluye once grandes paredes en el Hindukush, Himalaya y Karakórum, seis de las cuales son montañas de ocho mil metros.

Casi desde su primer contacto con la roca, desde su primer atisbo de las montañas, Voytek adoptó un enfoque muy personal de la escalada. En un momento en que la mayor parte de los himalayistas se acercaban a las montañas en estilo expedicionario tradicional, él las escalaba en estilo alpino —«a rienda suelta», como él decía—. Cuando la escalada en estilo alpino en las grandes cordilleras se convirtió en norma, él realizaba ya ascensiones en el día y encadenaba varios ochomiles en la misma expedición. Cuando comenzó a escalar en Polonia rutas

que anteriormente se tenían como ascensiones en artificial, desarrolló un nuevo sistema de graduación para representar de forma más precisa el nivel de dificultad; un sistema que todavía sigue utilizándose. Mientras otros escaladores polacos levantaban el listón de la escalada en roca utilizando cuerda y material de escalada, él escalaba en libre y sin cuerda sus rutas más difíciles. Su estilo era visionario, y siempre permaneció fiel a su visión. Rehusaba comprometer sus valores por conseguir la cumbre. Incluso en el K2, la montaña de sus sueños, Voytek prefirió evitar la cumbre antes que escalarla por una ruta que no despertaba su interés.

Su enfoque nunca ha sido unidimensional. Aunque le apasionó la vertiente física y atlética de la escalada, le ha fascinado igualmente su reto mental, y el constante proceso de toma de decisiones, resolución de problemas y elaboración de estrategias que la escalada implica. Y aún más importante para Voytek ha sido el aspecto estético del alpinismo, que en ciertas ascensiones ha alcanzado un nivel espiritual. Ha sido un escalador ambicioso, atraído por las grandes vertientes heladas, las paredes técnicas de roca y las prolongadas travesías a gran altitud. Ha mostrado atracción por la belleza y hambre de audacia al trazar nuevas líneas en esas montañas hechizadas. «La belleza es una puerta a otro mundo», ha dicho.²

Recuerdo nuestro primer encuentro en 2010, cuando Voytek accedió a concederme una entrevista para el libro que yo estaba escribiendo por entonces, sobre los escaladores polacos.³ Me sentía algo recelosa, debido a su fama de evitar a la comunidad montañera, y especialmente a los periodistas. Sin embargo, se mostró educado y muy dispuesto, incluso amigable, ofreciéndome una taza tras otra de café (instantáneo) en su apartamento, donde hablamos durante horas sobre sus escaladas. Nos mantuvimos en contacto, y en un cierto momento le sugerí escribir su biografía. Después de eso vinieron muchas más tazas de café (ahora preparadas ya en una nueva y reluciente cafetera exprés), y también muchos días de cuidadosa revisión de fotos y revistas.

Ahora, celebrando ya su septuagésimo año de vida, la apariencia de Voytek es la de un hombre elegante, cortés y formal. Delgado, esbelto y más bien menudo, es sorprendentemente fuerte, aunque se mueve de manera casi ingravida. Es sumamente reservado, casi tímido. Sus palabras, actos y pensamientos son muy deliberados: admite ser un perfeccionista. Es despiadadamente autodisciplinado, pero a veces puede ser tan espontáneo como un niño. Su pensamiento es profundo, pero posee un sentido del humor siempre listo para aflorar. El mundo entero lo admira, pero lo que él más valora es la amistad. Un amasijo de contradicciones. Como yo misma descubriría durante nuestras muchas horas de conversación, hay en él una intensidad y una fuerza que pueden ser inquietantes.

El desafío de escribir la historia de Voytek Kurtyka no era tanto recopilar los detalles esenciales de su vida o presentarlos en una secuencia lógica. El verdadero reto consistía en dar forma y significado a tales hechos de manera que revelaran los valores fundamentales que guían su vida, todos los cuales giran en torno a la libertad.

Recordar es también un acto de imaginación, una actividad maleable e imperfecta. Para Voytek, recordar los momentos importantes que transcurrieron años atrás, incluso décadas atrás, fue un proceso selectivo. A veces, sus recuerdos parecían de esos días *festivos móviles*. Y descubrir la verdad —la esencia— de esos recuerdos constituyó la clave para comprender su carácter. Siete años más tarde, cuando este libro está a punto de ser publicado, el viaje de descubrimiento ha alcanzado un punto de reposo en el camino: un vivac literario en la ruta de Voytek, en su búsqueda del arte de la libertad.